

# VINT-I-DOSÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

## “Paraules d’Adriana”

### FINALISTA CATEGORIA GENERAL 2.022

### AUTORA: MARTA CAROL PEÑA

#### LAZOS PERFECTOS

—¿Y he de confesarle todo al cura?

—Claro hija, todo.

—Pero si Dios lo ve todo y lo sabe todo ¿por qué he de contárselo al padre Ramón?

—Porque él es el intermediario entre Dios y los hombres. Él sabe la penitencia que tiene que imponerte por tus pecados. No te preocupes, solo será algún Ave María y algún Padrenuestro.

Aquel día, frente al escaparate de modas Mari Pili, Laura recuerda aquella conversación como si no hubiesen pasado más de quince años. Iba a hacer su primera comunión y sentía una mezcla extraña de sentimientos. Por un lado, estaba feliz. Su madre le había dejado escoger el vestido que a ella le gustaba, a pesar de salirse del presupuesto. La fiesta iba a ser por todo lo grande, vendrían los primos del pueblo y la gran mayoría de compañeros de clase. Habría música, globos, confeti y hasta un payaso. Después vendrían los regalos. Durante mucho tiempo conservó aquella muñeca con un rosario en las manos. Por otro lado, sentía un poco de vergüenza por ser el centro de atención, tenía miedo a equivocarse con el protocolo, pero en conjunto, se sentía bien.

Ahora, tras el cristal del escaparate unos maniqués la observaban con ojos vacíos y boca sonriente. Tienen cuerpos perfectos. Lucen preciosos trajes de novia, sedas,

tules y gasas brillantes bordadas con pedrería. Ella ha ido a la última prueba de su vestido. Es un vestido sencillo, con un corpiño de pedrería y la falda lisa y caída, sin ningún adorno. Está angustiada porque sabe que ha engordado, los nervios siempre le dieron por comer.

En el otro escaparate, el de la izquierda, hay dos maniqués de cuerpo atlético. Visten trajes de hombre. Uno es azul marino, nada fuera de lo corriente, el otro tiene el pantalón gris y la chaqueta de cachemir. A sus pies, dos pares de zapatos. No tiene ni idea de cómo irá vestido Luís, espera que el traje sea claro y también los zapatos. Mira de reojo los zapatos del escaparate, son oscuros, de cordones, y están atados. A su mente vienen aquellos otros junto al pantalón negro tirado en el suelo.

La modista va clavando alfileres que sujeta entre los labios. Le levanta un pecho con la mano y lo ajusta a la forma del corpiño. Vuelve a sentir esa punzada. Fue así como empezó. También vestía un hermoso vestido blanco. En el patio había una larga mesa con los restos de la tarta. Los niños se sentaron sobre el césped, pero a ella su padre la sentó entre las piernas para ver la actuación del payaso. Sus brazos, que en principio sujetaban la cintura, fueron ascendiendo hasta sus pequeños pechos que entonces no eran más que dos botones. Por alguna razón se sintió incómoda, la sensación de aquellas manos masajéandola de aquella manera la molestaba. Quiso levantarse, pero su padre la retuvo y le habló al oído. Piensa que seguramente, si hubiera sabido de qué iba aquello, incluso hubiese sentido la erección, pero era una niña y solo quería salir corriendo en busca de un trozo de tarta.

—Estás muy guapa con este vestido. Pareces una mujercita —dijo el padre.

—Estás muy guapa con este vestido —le dice la modista alisando la tela y admirando su obra.

—Me gusta cómo queda—. La voz de la modista la devuelve por un momento a

la realidad.

—Con la diadema que te enseñé estarás preciosa.

La modista toma medidas mientras tararea una canción conocida. Ella está contenta con el vestido, pero hay algo que no deja de corroerle. El cursillo prematrimonial no había ido mal del todo, pero la confesión era otra cosa. ¿Le preguntaría el cura si era virgen? ¿Debería contarle la verdad? El día de su comunión fue fácil, el único pecado que había cometido era robar un pastelito en casa de su amiga Mercedes. “No robarás” le dijo el padre Ramón muy enfadado, “es uno de los diez mandamientos”. Tres Padrenuestros bastaron para redimir la pena. Lo que vino después no estaba segura de si debía confesarlo. Era pecado, no cabía duda, pero no era ella la pecadora.

Papá bebió más de la cuenta, como de costumbre. Se le ponían los ojos vidriosos y se le trababan las palabras. Cuando la fiesta terminó, mamá le recriminó el ridículo que había hecho insinuándose a las madres de las amigas de su hija. Aunque ella era una niña, pudo darse cuenta del ambiente enrarecido que se respiraba al final de la fiesta.

—Parece mentira que puedas dejar en ridículo a tu hija. ¿No te das cuenta de que ya se da cuenta de todo?

La discusión llegó a mayores. Los insultos iban y venían, cada vez más alto, más fuertes. Laura se marchó a su habitación, sabía cómo terminaría aquello. Acabó con un bofetón. No era algo extraordinario, era más bien habitual. Mamá se encerró a llorar y papá se quedó en el sofá con una lata de cerveza.

La abuela le había regalado la muñeca. Tenía un vestido muy parecido al suyo. Ella le quitó el vestido, la diadema y los zapatos, después le cepilló el pelo. Entonces escuchó la goma de los zapatos en el suelo encerado para la ocasión. La puerta de la habitación se abrió y allí estaba papá recordándole lo guapa que estaba. Le dijo

que parecía una princesa, que se quitase el vestido que se iba a estropear y había costado mucho dinero. Ella obedeció, pero no le gustó su mirada. No le gustaba su padre cuando bebía. Dejó el vestido sobre una silla de mimbre y le dio las buenas noches.

Se quitó los zapatos sin desabrocharlos y se bajó el pantalón que quedó en el suelo plegado, como un muelle, como si su dueño se hubiera evaporado de repente. Se acercó a ella y le dijo que la quería, que era su princesa y que aquello era un secreto entre los dos. Nunca olvidará el dolor. Lloró en silencio, para adentro, sin hacer ruido, sin molestar a mamá. Él colocó la enorme mano sobre su cara ladeando su cabeza. No podía verle la cara, solo veía los zapatos con los cordones formando lazos perfectos. Ambos lazos exactamente iguales.

Después el padre cogió los zapatos del suelo con una mano, con la otra el pantalón y salió de la habitación sin mirar atrás. Las lágrimas empañaron la visión, pero la mirada continuó fija en el lugar en el que estaban los zapatos. Sentía un dolor terrible y algo mojado y caliente. ¿Se estaba meando? No, no era pipi, era sangre, entonces lloró de verdad, como lloran los niños.

La modista le da un par de vueltas, como si fuese una peonza. Sonríe feliz por su trabajo. Laura vuelve a la realidad y se mira en el espejo. La verdad es que el vestido está quedando precioso a pesar de la dificultad de tener que agrandarlo. Estrecharlo siempre es más fácil, pero dar de sí tiene su mérito. Lo más fácil hubiera sido controlar la comida, pero es algo que no puede hacer desde entonces.

—Creo que ya está. El lunes puedes pasar a buscarlo. Te lo pruebas y si está correcto ya te lo podrás llevar.

—Muchas gracias, la verdad es que me gusta mucho.

—¿Te has decidido por el calzado?

—Algo cómodo, de poco tacón. No quiero pasarlo mal.

—¿Sabes cómo irá vestido Luis?

—No tengo ni idea —dice pensando en los zapatos.

Después de escoger los complementos sale a la calle, hace calor. Se pregunta si lo que le da miedo es confesarse al cura o a Luis. En la iglesia puede mentir, hace tiempo que dejó de creer. Pero ¿y a Luis? Él cree que quiere llegar virgen al matrimonio. Desde luego que ha habido manoseos, besos y caricias, pero nada más. No es que no haya querido, pero es que aquella tarde no pudo.

Quizás si aquello hubiese ocurrido una sola vez. Puede que hubiera pensado que era una pesadilla, que hubiera quedado oculto en el interior de su cerebro como a veces ocurre con los traumas. Quién sabe. Pero se convirtió en rutina. Cada viernes, después de recoger el sobre con el sueldo y de ir a gastarlo al bar, su padre le hacía una visita. Ya no escuchaba sus pasos por el pasillo porque mamá subía el volumen del televisor. Y mientras aquella calabaza con voz chillona y desagradable cantaba un, dos tres, ella giraba la cara y miraba los zapatos. Siempre delante del pantalón plegado, siempre con los cordones abrochados.

Luis la llevó una tarde a su casa. Sus futuros suegros habían ido al pueblo para un entierro. No volverían hasta el día siguiente, tenían tiempo. Ella temía que él se diera cuenta, pero era un riesgo que correría tarde o temprano. No pudo. Fue aquella manera de quitarse los zapatos, sin descordar. Era cierto que Luis dejó el pantalón sobre una silla, pero los zapatos estaban ahí, con los lazos perfectos, idénticos. No había un cordón más largo que otro, ni un zapato un poco más adelantado. Estaban ahí para recordarle que estaba manchada y que incluso un día llegó a tener un orgasmo. Fue ese día cuando todo terminó, cuando marchó de casa.

Se levantó, dio un beso a su padre y cogió los zapatos. Los dejó sobre la mesa del comedor, junto a las cáscaras de pipas que comía su madre mientras veía el programa de los viernes por la noche.

—Te ha tocado el premio —le dijo.

Su madre no dijo nada. Nunca entenderá cómo pudo tolerar que aquello ocurriera. Seguramente era la manera de sacarse de encima a aquel hombre que apestaba a alcohol.

Tenía dieciséis años. Fueron muchos años tragando, aguantando a su padre y sus zapatos. Solamente espera que esta vez, los zapatos de Luis sean de color claro, sin cordones y que los deje en la puerta. Lo que ocurra después es otra historia.

CLEOPATRA